

**E.  
HARO  
TEGLEN**

## UNA SITUACION NUEVA

**L**AS elecciones catalanas y las vascas, después de la frustración del referéndum andaluz, indican algunas cosas con bastante claridad. Dos de ellas son de carácter general en toda la zona del mundo en que vivimos: la tendencia a la abstención y la inclinación de los votantes hacia una derecha moderada. Otra es peculiar, y es la predilección por los partidos propios, nacionalistas. No parecen sentimientos contradictorios, sino más bien al contrario, el nacionalismo y la inclinación a la derecha. Los partidos de la izquierda, a pesar de su nueva piel, tienen siempre un viejo fondo internacionalista que tiende a ir más allá de las particularidades y busca todavía fenómenos de clase social, problemas de opresores y oprimidos, solidaridad por encima de fronteras, etcétera: es su tradición, aunque no desdeñe ahora otras motivaciones. Los nacionalismos, generalmente, han sido una creación burguesa: ciertos fenómenos de cultura, de agrupación en torno a herencias históricas, están bastante ligados a la posesión de las tierras y después de las industrias, y a la polarización de la economía. En España los nacionalismos regionales han trascendido mucho más en razón de los cuarenta años de agresión que han sufrido de un poder central absoluto. La normalidad de un amor a lo propio, a la diferenciación, a lo innato, fue combatida como una anomalía y produjo una reacción contraria que sobrepasó, con mucho, los meros intereses de la burguesía. Todavía hoy, desde las capas de poder del autoritarismo hereditario y del centralismo como propiedad se sigue combatiendo y acusando los nacionalismos. Es una de las razones que ha tenido Suárez para sus pasos atrás en este camino: el miedo a esas presiones.

**L**A cuestión, después de tanta votación, se presenta al Gobierno con varios perfiles, de los que tendrá mucho que aprender si quiere recuperar una estabilidad que ha ido perdiendo en los últimos tiempos. Una es el del triste papel que ha representado su partido en todas las elecciones. En todas ellas, a partir de su gran catástrofe en Andalucía, ha perdido porcentajes y ha quedado en un papel de comparsa. Se ha confirmado el temor de UCD en los últimos tiempos: la posibilidad de que un día su Gobierno, el Gobierno del país, estuviese rodeado de

nacionalidades con otras opciones políticas. Aun así, no le ha salido lo peor de sus pronósticos: que esas mayorías fueran de la izquierda. Ha sido ese mismo miedo el que ha profundizado los sucesivos fracasos: querer dar marcha atrás le ha hecho perder credibilidad en las regiones autonómicas. El partido que abrió las posibilidades autonómicas quedó, finalmente, como el partido que trataba de recortarlas. Todo esto es algo que puede servirle de reflexión para preparar las próximas elecciones generales, de las que podrían salir unas Cortes realmente imprevistas.

Pero hay algo muy inmediato que deberá servir al presidente para tratar de restablecer el equilibrio en lo absolutamente inmediato. Los partidos mayoritarios en Cataluña y en el País Vasco —con las diferencias de que en Cataluña no habrá un Gobierno monocolor y en el País Vasco sí— parecen muy próximos a lo que representaba UCD en su principio, lo que le abre unas puertas para la colaboración, pero al mismo tiempo resultan más abiertos, y el carácter de su nacionalismo es incontrovertible, y es su razón de ser. El PNV, Convergència y Unió representan todavía hoy una tendencia de centro-derecha que no ha sido contaminada por el poder y que no ha sufrido la presión de la extrema derecha como la ha sufrido UCD; no han pasado todavía por esa inflexión derechista del Gobierno de Suárez y de la parte dominante del partido que lo sustenta, aunque diga ahora lo contrario. Parece ser que lo que pretende Suárez es buscar ahora una remodelación de su Gobierno que pase por esos dos grandes partidos regionales. Se está preparando —se dice, y se corrobora en medios oficiales— la famosa reforma administrativa que ya no podría esperar más. Se configuraría en torno a sólo nueve ministros, miembros directos del Consejo, con concentración de temas: por ejemplo, Educación y Cultura formarían un solo Ministerio; Fomento y Desarrollo concentraría lo que ahora son los Ministerios de Transportes, Comunicaciones, Agricultura, Obras Públicas, Vivienda y Urbanismo; Energía... Cada uno de estos Departamentos tendría a su cabeza secretarios de Estado, con categoría de ministros, pero sin asistencia a los Consejos. Más un enjambre de subsecretarios, directores y subdirectores generales, etcétera...

Efe



Cover



El referéndum andaluz y las elecciones en el País Vasco y Cataluña han modificado el conocimiento del país y la idea que se tiene de su estructura. En la foto de la izquierda, Jesús María de Leizaola, ex presidente del Gobierno vasco, que no votó por no estar inscrito en el censo; a la derecha, Jordi Pujol, líder de Convergència y Unió, partido vencedor en las elecciones catalanas.



**N**O parece que esta reforma fuese a resultar menos opresora que el actual Gobierno para el contribuyente, ni que fuese a aliviar de burocracia la vida nacional, ya tan entorpecida por ella. Serviría, en principio, para evitar ciertas disparidades de criterios que hay ahora en cuestiones afines y complementarias. Serviría, sobre todo, para unificar el poder. Nueve grandes ministros parecen, en teoría, más manejables que una inmensidad. Pero en este Consejo, entre estos nueve —quizá ocho, quizá diez— superministros habría por lo menos un vasco, por lo menos un catalán: ¿quizá un andaluz? No parece fácil que UCD conceda a su presidente, tan cascado, esta merma de poder. Tal vez trataría de relegarles a ministros de segunda. Todo parece arriesgado. La hipótesis de los superministros de las dos regiones, aparte de quitar posibilidades a UCD, crearía una sensación de agravio comparativo para las regiones menos afortunadas o menos cuidadas; admitirles como segundos ministros, sin peso en el Consejo, no sería aceptado por sus partidos de origen; nombrarlos de entre los elegidos de UCD para el País Vasco y Cataluña sería perder el esfuerzo, puesto que no tienen representación real, y aislarles más en sus regiones autonómicas; rehacer el Gobierno único de UCD sin tener en cuenta las elecciones regionales sería dar la espalda a la realidad y dar de nuevo sensación de que se alzaba una fortaleza de centralismo frente a los nacionalismos crecientes, en lugar de junto a ellos. Al mismo tiempo, con estos partidos dentro del Consejo sería más difícil limitar los nacionalismos y se produciría una nueva tirantez del Gobierno con la derecha dominante de fuera del Parlamento.

Toda esta serie de callejones con mala salida, con salida peligrosa, acentúa la sensación de malestar que rodea a Suárez desde hace unos meses y la caída continua del Gobierno de UCD; vuelven, una vez más, las especulaciones de que es el único Gobierno posible, de que la izquierda tiene que sostenerle por miedo a que cualquier otro sustituto sea más a la derecha... Lo cual conduciría, inevitablemente, al inmovilismo: a no hacer nada, ni en reforma administrativa ni en cambio de carteras, más que los retoques inevitables. Es decir, la solución de la vieja psicología franquista.

**L**O que parece, a su vez, imposible. Estamos ante una situación nueva: el referéndum de Andalucía, las elecciones de Cataluña y del País Vasco, han modificado el conocimiento del país y la idea que se tiene de su estructura. Es algo que sin duda deben analizar también muy profundamente los partidos de la izquierda. Tratar de hacer como si no hubiera pasado nada es, para UCD, desgastarse doblemente en el poder y perderlo de aquí a las elecciones generales. Que podrían sobrevenir antes de su fecha prevista. Pero hacer algo es difícil para un Gobierno y para un partido que ante los grandes temas nacionales e internacionales, ante los grandes y los pequeños desafíos de la vida contemporánea, se presenta con una configuración especial: no sabe qué hacer nunca. ■

## EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

LoS  
CoNteM  
poRa  
ñEoS

**P**ETER Preston es el director de un prestigioso periódico británico, "The Guardian", que antes era de Manchester —"Manchester Guardian"— y ahora lo es de Londres. Asiste en Palma de Mallorca a un seminario del Instituto Internacional de Prensa sobre "Prensa y minorías", y dice que está predominando el concepto de prensa como circo. En un cierto sentido, quizá sea así: el periodista es "el que recibe las bofetadas", según el título de Andreiev: el tonto del circo. Suele ser el que dice la verdad, el que demuestra que bajo la elegante cara enharinada, con la ceja alta, del payaso de lentejuelas, se oculta la verdadera tontería, el lugar común, la verdad que sólo es aparente. Su castigo es la bofetada. Y la risa de los espectadores.

Es interesante que los periodistas se preocupen de los problemas que les plantean las minorías: ellos mismos van siendo una minoría. Hablo de los periodistas de verdad. Hay, por lo menos, dos clases: unos que están "al servicio de", y en realidad no son periodistas. Otros que se empeñan en horadar debajo de las capas de harina y los trajes de lentejuelas; son los mal vistos, los minoritarios. Aunque puedan tener muchos lectores —y nunca hay, ya, muchos lectores para nadie—. No tienen partido, no tienen subvenciones: les acecha siempre la denuncia del Juzgado, y reciben llamadas telefónicas anunciándoles los peores males: las voces anónimas de los que pegan las bofetadas. Son, con toda realidad, los tontos de este circo. ¿Quién, que fuera listo, se dedicaría con tanta tozudez a un trabajo tan mal agradecido? Estando ahí la política, con sus listos de gorro cónico; estando los pequeños presupuestos que irán a mejorar su economía de una manera sustanciosa, los pequeños cargos que desempeñan en alguna hora libre, o que no desempeñan siquiera más que a la hora de la firma en la caja; estando la palmada en la espalda del poderoso, o la amistad del jefe político, ¿cómo es posible tener vocación de minoría?

Sin embargo, existe un viejo impulso. Puede que haya algo genético, puede que haya mucho más aprendido, cultural. Abogados de pobres, defensores de marginados, quijotillos de pluma en ristre, se creen a veces que las gigantes no son más que molinos de viento. Se toman en serio la vida. Se creen que ayudan a sus semejantes. Y, de cuando en cuando, les dan la bofetada. A veces una de esas bofetadas de las que ya no se levanta uno del suelo: la sociedad cuenta diez y les declara fuera de combate.

Una minoría, probablemente, a extinguir. Aún tienen el ánimo de creer que son ellos los que se ocupan y defienden a las minorías. A veces se dedican, precisamente, a las minorías que no leen periódicos. ■

POZUELO